

Lo más oriente de nuestro oriente insular es la provincia de Guantánamo, que se corresponde con la más reciente de nuestras diócesis, Guantánamo-Baracoa, cuya jurisdicción abarca territorio desmembrado de la Arquidiócesis Primada de Santiago de Cuba y cuya erección fue públicamente proclamada por Su Santidad Juan Pablo II durante su visita pastoral a Cuba en 1998 y, más precisamente, en la visita a Santiago de Cuba que, si mal no recuerdo, tuvo lugar el día 24 de enero. Su Obispo continúa siendo Monseñor Carlos Baladrón, alias “Chachi”, natural de Campechuela y hasta entonces Obispo Auxiliar de La Habana. Después de la creación de la Diócesis, sólo había estado en Guantánamo para la instalación episcopal de Monseñor Baladrón y en dos visitas “relámpago” con motivo de las Convivencias Sacerdotales anuales en El Cobre. Muchos años antes, siendo párroco el Padre Pastor González Sch.P., q.e.p.d., maestro en tantos sentidos, estuve allí en varias ocasiones, en las que recuerdo haber sostenido “conversatorios” con los jóvenes de entonces, celebré Misas y prediqué en la hoy Catedral de Santa Catalina de Ricci y en la iglesia de la Milagrosa. De entonces, conservaba una imagen positiva de la comunidad guantanamera, pero imagen limitada a la Ciudad.

En lo más

Oriente de Oriente

En una de esas visitas a Guantánamo, hacia fines de agosto de 1967, el Padre Bea, c.m., párroco entonces de Baracoa, me invitó a ir a su Parroquia, junto con otros tres sacerdotes. El 31 de agosto sufrimos un accidente de carretera, a la altura de Tortuguilla, que nos impidió continuar viaje a Baracoa. Así quedó esta ciudad, sus alrededores,



Monseñor Carlos Baladrón,
Obispo de Guantánamo-Baracoa.

por Monseñor Carlos Manuel
de Céspedes GARCÍA-MENOCAL

fotos: Orlando MÁRQUEZ

res, la costa sur de la provincia –Imías, San Antonio del Sur, etc.– incluyendo Playitas de Cajobabo, la carretera de La Farola y la zona de Maisí, como único territorio significativo de la Isla grande no visitado por mí, ya que por occidente, hasta el Cabo de San Antonio había llegado, en mis años de seminarista, región en la que compartí –con

otros seminaristas y novicios de la Compañía de Jesús— con los leñadores y carboneros, durante varias semanas, en unas vacaciones de verano.

En las últimas Convivencias Sacerdotales, en julio pasado, Monseñor Baladrón y el Padre Espino, párroco actual de Baracoa, me invitaron a predicar en la fiesta titular de Nuestra Señora de la Asunción, uniendo esta invitación a otra anterior, de la Comisión Diocesana de Cultura, para dictar una conferencia, en Guantánamo, sobre la Iglesia Católica en Cuba a lo largo del primer centenario de vida republicana, tema abordado por mí en varias ocasiones, durante este año, dirigido a públicos diversos, dentro y fuera de Cuba. Además, durante las mismas Convivencias Sacerdotales, escuché con suma atención a los Padres Gonzalo y Roque, misioneros en la meseta de Maisí, antiguos alumnos míos de “San Carlos”, a los que mucho quiero, cuando me contaban de su trabajo pastoral en esa zona. Algo les había oído anteriormente y, más atrás en el tiempo, al Padre Valentín Sanz cuando reinició, hace años, esa misma labor. Prometí a Gonzalo y a Roque que en agosto, cuando fuese a Baracoa, los visitaría también a ellos *in situ*, para conocer de primera mano y directamente lo que les había escuchado. El programa se cumplió a perfección. Pasé el día 13 de Agosto en Santiago, día de convivio fraterno con Monseñor Meurice, siempre excelente anfitrión, y algunos sacerdotes de Santiago de Cuba. Visité el Santuario en El Cobre y curioseé la restauración del coro de la Catedral y de la iglesia de San Francisco. El día 14 en la mañana, Monseñor Baladrón me recogió temprano en el Arzobispado de Santiago y ya nos fuimos directamente a Guantánamo.

Apenas llegamos, tuvimos un almuerzo en la casa de Monseñor Baladrón, que es también Obispado, junto a la

iglesia de la Milagrosa, con los miembros de la Comisión Diocesana de Cultura, que me “situaron” inmediatamente en la dinámica actual de la Diócesis. Por la tarde visité al Padre Pepín Alvarez, holguinero, al servicio ahora de Guantánamo, en un “espacio” pastoral nuevo que ya había iniciado el Padre Espino, en uno de los barrios recientes de la ciudad. Luego celebré la Eucaristía en la Catedral y esa misma noche tuve la conferencia prevista en el patio del Curato, que pasa por trabajos de restauración. El patio ya está listo —y muy hermoso por cierto— como local abierto de encuentros y conferencias. Acomodó esa noche a más de doscientas personas. De mi texto no escribo; dejo esos comentarios a los guantanameros. Escribo, eso sí, de ellos y de su reacción inteligente, con la inteligencia de la Fe y de la Razón. He pronunciado ese mismo texto, con ligeras adaptaciones según el público, en otros lugares. Afirmo sin reticencias que, a mi entender, la reacción más inteligente, hasta ese momento, fue la guantanamera; comparable sólo con la que encontré más recientemente en el Curso de Verano de la Universidad Complutense, en El Escorial, hace muy pocos días, con la mejor calificación para los guantanameros que, evidentemente, estaban en mejor situación para escoliar el texto. Ellos reaccionaron con preguntas muy razonables y no sólo con ellas, sino también con comentarios formulados con gran precisión.

La semilla del Padre Pastor cayó en tierra buena y ahí están los frutos: esos hombres y mujeres de Iglesia que saben situar las cosas en su lugar. Al recorrer rápidamente la historia de la Iglesia en nuestra República, reconocen el valor de lo político y de las demás realidades existenciales, “terrenales”, pero tratando de asuntos eclesiales, como era el caso, no caen en las trampas de las hiperconcentraciones en el ámbito político circunstancial, trampa en la que

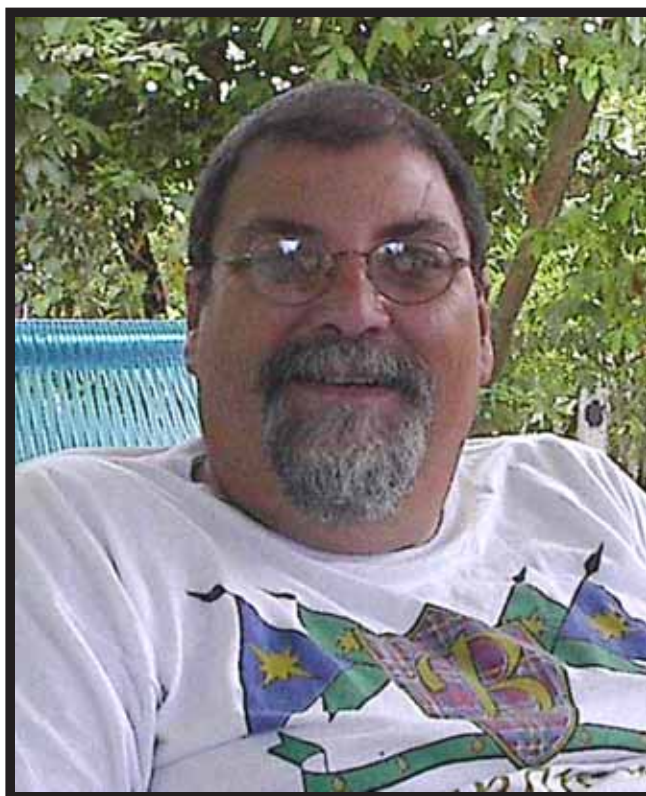


Celebración Eucarística
en las lomas de Guantánamo.

caen otros laicos, católicos y no católicos, que en esto pueden, paradójicamente, coincidir, quizás hasta sin darse mucha cuenta. He encontrado estas exégesis que considero erróneas y, al parecer, también la praxis derivada de las mismas, en otros auditorios, en los que parecería que la dimensión política de la existencia personal y comunitaria se acerca tanto a la categoría de absoluto, que a ella casi todo debería supeditarse y en torno a ella casi todo debería articularse. La Historia humana y en ella la experiencia eclesial es demasiado larga y rica, como para que eso suceda todavía en cualquier ámbito animado por una mediana formación intelectual y un cierto conocimiento de la Historia, de la Ontología y de la Teología. Pero menos que de ningún otro, esperaríamos esa caída tramposa en el ámbito eclesiástico que, en principio, es el ámbito en el que reina un solo Absoluto, en torno al cual sí se debe articular cualquier otra realidad humana. Para mí esa noche guantanamera fue una noche de luz y de gratitud al Señor al haber podido verificar la permanencia de dones tan bien cuajados en el público que llenaba el patio y las galerías del Curato, incluyendo en él los hombres y mujeres de San Antonio del Sur que también participaron, acompañando a su Párroco, generoso y sabio misionero italiano de Bérgamo.

Muy temprano, en la mañana del día 15, Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora, siempre de la mano de Monseñor Baladrón, salimos rumbo a Baracoa, con estaciones intermedias en San Antonio del Sur, en Imías y en Playitas de Cajobabo, por donde desembarcó José Martí, con Máximo Gómez, en 1895, en su último y definitivo viaje a Cuba. Contemplando el entorno, se puede reconstruir el inicio del camino de José Martí hasta Dos Ríos: la ensenada, el azul intenso del mar, los peñascos y, más atrás, el verde... Hermoso lugar de recogimiento y meditación; reflexión tocada por la ambigüedad de nuestra historia patria, preñada tanto de frustraciones, como de esperanzas nunca clausuradas.

De las bellezas del camino hacia Baracoa, por la carretera de La Farola ya se ha escrito mucho y bien. Nada tengo que añadir. En Baracoa, después de una vuelta por la ciudad y sus alrededores, visité a las Hijas de la Caridad que trabajan como misioneras en la zona. Sus descripciones me prepararon para el día siguiente, pues con mucha precisión me señalaron las personas, las situaciones, los lugares, las cosas a las que debería prestar mayor atención. Al final de la tarde descubrí que el Padre Espino, además de las virtudes que ya le conocía, tiene la de ser un espléndido “chef” y nos reunió en la casa parroquial para una cena “marinera” cinco estrellas, antes de pasar a la Parroquia para la hermosa celebración titular presidida por Monseñor Baladrón, en la que concelebramos varios sacerdotes, tuve el honor y el gusto de predicar y recibió ministerios el seminarista guantanamero Jean González.



Padre Joaquín Espino, párroco de Baracoa.

Temprano en la mañana, emprendimos el viaje, lento y atento, hacia la zona de Maisí. De la belleza de los paisajes, en la medida en que ascendíamos por el camino que iniciamos en Jamal, no abundo: no soy capaz de describir con fidelidad las pequeñas ensenadas en la desembocadura de ríos inefables, las tonalidades del verde y del azul y la transparencia del aire que nos arrojó durante todo el día.

La primera estación fue, precisamente, en Jamal, que es un pueblo, pequeño, pero pueblo, no caserío o rancho. En él vive el Padre Roque, en una humilde casa de maderas viejas, con patio amplio y umbroso. Allí lo ha acogido un hombre recio, vecino “de siempre” en ese lugar, que se enorgullece al afirmar que en esa casa, también “desde siempre”, se hospedaban los sacerdotes misioneros que visitaban la zona, cuando todavía había una capilla en Jamal y los misioneros se hacían presentes con regular frecuencia. Ahora la casa sirve también de capilla. En el patio, bajo los árboles, compartimos un delicioso “machito” preparado al estilo de la zona, mientras Monseñor Baladrón, Roque, Gonzalito y el Padre Espino conversaban sobre el trabajo pastoral misionero en la zona, yo, cuentero habitual, trataba de mantenerme callado para escuchar y grabar muy adentro lo que escuchaba acerca de personas y situaciones; todo coincidente con lo que la tarde anterior había oído a las Hijas de la Caridad en Baracoa.

No me ruboriza confesar que para mí era una gozada escuchar a aquellos hombres, a los que conocí como alumnos en el Seminario, expresarse como sacerdotes felices

en su escasez material y en la parvedad de sus posibilidades de acción misionera, pero que se saben ricos por el sentido fundacional de su ministerio; confiados en las posibilidades de Dios, en medio de tantas incertidumbres humanas; hombres jóvenes que no dejan de vivir grandes dificultades y de ver las que, quizás hasta en mayor medida, vivan las personas a las que sirven como evangelizadores, pero que no se paralizan ante ellas, ni rumian amarguras, sino que cultivan todas las realidades positivas con las que también conviven. Y buscan nuevas andaduras y ...las descubren! Ni en ese momento, ni después a lo largo del día, les escuché una sola frase que tuviese el sabor de las amargazones que los sacerdotes solitarios suelen cultivar más de la cuenta. Y así, con serenidad, hablaban de problemas, pero hablaban también de la generosidad de tal familia de La Sabana, de Pueblo Viejo o del Faro, o del crecimiento integral de un joven de la zona o de los niños de otro caserío...

Interrumpían la tertulia personas del pueblo que supieron estábamos allí y venían a saludar y a comentar algún incidente de su cotidianidad sencilla. No hay que ser especialista en relaciones humanas para percibir el tipo de relación, familiar, cercana, no sólo de Roque y Gonzalito, sino también de Monseñor Baladrón. Me resultó evidente que Chachi no es visita ocasional en aquella apartada región de su Diócesis; los conoce a todos por su nombre y con su



El Diácono Ecris Aladro Rodríguez bautiza en *Vegas del Jobo*, Comunidad que pertenece a la Parroquia de Imías.

situación. Y no sólo a los de Jamal, sino a todos los que vimos y visitamos a lo largo de esa ruta tan especial, en las rancharías de La Sabana y de Pueblo Viejo, a través de la meseta, hacia la Punta de Maisí, primero, y por último hasta Guantánamo, por La Máquina y por Asunción. Y constatar esta realidad de levadura en la masa y de sal que da buen gusto y de granito de mostaza que llegará a ser arbusto, fue para mí también una gozada muy honda. Las capillitas de madera, que a veces no son más que horcones con un techo de guano o de otro material pobre, levantadas en el patio de una casa igualmente pobre, son el signo evidente de la sal, de la levadura, de la mostaza... de la Fe, de la Esperanza y del Amor.

Subí los no recuerdo ya cuantos escalones del antiguo faro, bien conservado y hermoso, como suelen ser todos los faros que los españoles construyeron en Cuba en el siglo XIX. Nos acompañó un farero muy acogedor que nos explicó cómo funciona el mecanismo de señales para la navegación en el Paso de los Vientos, mientras que en lontananza veíamos un buque cargado de contenedores, con rumbo hacia el sur. Después de visitar a una familia del lugar, subimos de nuevo a la meseta y llegamos a La Máquina, pueblo capital del Municipio, y a Asunción, en donde vive Gonzalito, en una casita al estilo de todo lo que había visto antes, frente a la cual no hay que hacer disquisiciones metafísicas en torno a la "inserción" en el medio. El movimiento, ya lo sabemos, se demuestra andando. Y ya en un atardecer de rosa encendido, descendimos de nuevo al sur, a la costa, para encaminarnos, bordeándola, hacia Guantánamo, no ya por aquellos senderos tortuosos, en sube y baja de polvo y de rocas, propios de la meseta sedienta de un verano en sequía, sino de nuevo sobre caminos de asfalto, pasando otra vez por Imías, San Antonio del Sur y Playitas de Cajobabo. Era viernes ese día 16 de agosto. Por la carretera, cerca de San Antonio, nos cruzamos con el vehículo que llevaba a los laicos guantanameros que, en los fines de semana, se van a trabajar como misioneros en aquellas serranías, sedientas no sólo de agua, sino de tantas otras cosas.

Me ha pasado con esta visita breve pero intensa a la diócesis de Guantánamo, lo que me pasó cuando estuve por primera vez en Bayamo-Manzanillo y, por la costa, hasta Niquero, después de la creación de la Diócesis y de la designación de Monseñor Dionisio García como primer Obispo de la misma. Quien conoció esos territorios antes y los ha visitado después, aunque haya corrido poco tiempo después de la erección diocesana, valora la intuición generosa de Monseñor Meurice en pro de la división de Santiago de Cuba. La revitalización de la Iglesia en ambas regiones es indudable, salta a la vista. Lo cual depende no sólo de la división y creación de nuevas diócesis, sino de la cuidadosa selección de los nuevos Obispos, Dionisio y Chachi.

¿Volveré a Guantánamo y a Baracoa, custodia de la más preciosa de las reliquias cubanas, la Cruz de la Parra?

A la derecha,
la Parroquia de San Antonio del Sur.
Abajo, Capilla en Casimba,
Guantánamo.



*LAS CAPILLITAS DE MADERA,
QUE A VECES NO SON MÁS QUE HORCONES
CON UN TECHO DE GUANO
O DE OTRO MATERIAL POBRE,
LEVANTADAS EN EL PATIO
DE UNA CASA IGUALMENTE POBRE,
SON EL SIGNO EVIDENTE DE LA SAL,
DE LA LEVADURA, DE LA MOSTAZA...*

¿Y a Pueblo Viejo y a Maisí y a La Sabana, con su “Cruz del Padre Guerra” y sus familias encantadoras? ¿Volveré a chacharear con Roque, en Jamal, bajo los árboles de su patio? ¿Me sentaré de nuevo en la sala acogedora de los Beatón, a tomar un buen café, o hurgaré en otra ocasión en el aljibe casi seco de la familia de William, el joven de Pueblo Viejo que estuvo en Toronto con el Papa, y al que no pude saludar pues había ido a una gestión, creo que a La Máquina, pero cuya familia me sedujo? ¡Cuánta mirada limpia, cuánto corazón sin recovecos, ni dobleces! ¿Veré andar alguna vez por aquellos andurriales el carro de tiro, de maderas viejas, destartalado y crujiente, que las monjas utilizan para moverse en la zona? ¿Podré visitar en otra ocasión la zona del Valle de Caujerí, Bayate o las ruinas escasas del monasterio betlemita o descubrir algún rastro de los benedictinos franceses que se dice estuvieron por allí, después de la revolución haitiana, testimonios pétreos de la centenaria evangelización en lo más oriental de nuestro Oriente?

No lo sé y, en última instancia poco importa que lo logre y multiplique el henchimiento; lo que vi y viví ya es suficiente medicina preventiva contra desalientos, de los que, gracias a Dios, hasta ahora, nunca he padecido, pero nadie sabe!. Lo que sí importa es saber que ahí está la Iglesia de Guantánamo haciendo... lo que tiene que hacer. Lo vi y lo viví por pocos días; de

lo que palpé doy testimonio para que el gozo sea compartido por la Iglesia de La Habana que, con otras condiciones, también se esfuerza por hacer... lo que todos tenemos que hacer, presentar vivencialmente a Jesucristo y a Su Iglesia, cada uno según sus posibilidades y según Dios le permita. ¡Pero qué estímulo verlo hacer, en aquellas condiciones extremas de Maisí, verlo hacer alegre y serenamente, con entereza, tan bien situacionados, sin lamentos de señorito en dificultades, con fidelidad a la naturaleza misma de la Evangelización, sin retruécanos mixtificadores! Después de aquellos días, autorizo a que me increpe y reprenda quien me escuche lamentarme de cuestiones referentes al ministerio sacerdotal por nimiedades sin peso.

He leído en alguna parte que a los soldados norteamericanos que vacilaban en la campaña del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, sus jefes les decían: “Remember Pearl Harbor!” (¡Recuerden Pearl Harbor!), y esa mención era suficiente para que el desalentado recuperara sus bríos. Si me acaeciére algo parecido a lo de los soldados vacilantes, creo que bastaría también con que me dijese entonces: ¡Acuérdate de Maisí, de Chachi, de Gonzalito, de Roque, de las Hijas de la Caridad! Y recomenzaría, con nuevos bríos, el camino hacia delante y hacia arriba. Ω

La Habana, 15 de septiembre de 2002.